

En el Centenario del Glorioso Bacteriólogo Jaime Ferrán

Por el Dr. Fernán Pérez.

El ilustre sir Leonard Rogers, médico y profesor de la Escuela de Medicina Tropical de Londres, y de Medicina Tropical en la Escuela de Medicina para Mujeres, de dicha capital, y más tarde profesor de Patología en el Medical College, de Calcuta, publicó hace algún tiempo una interesantísima obra que fué traducida directamente del inglés por el doctor Emilio Luengo, con el título de "Recientes adquisiciones en la Medicina Tropical", en la que se dice textualmente lo siguiente:

"En estos últimos años se han acumulado importantes datos sobre los efectos de la profilaxis bacterica contra el cólera, y han sido introducidos los nuevos métodos del empleo de vacunas sensibilizadas, por vía oral, abriendo una nueva era de trabajo, y Besredka ha publicado buen número de trabajos sobre este asunto. Jaime Ferrán, ya en 1885, muy poco tiempo después del descubrimiento del vibrión colérico, empleó cultivos vivos como vacuna, subcutáneamente, en 40.000 personas; y, aunque se levantó una controversia respecto a su método y a los resultados, su trabajo de 1893 no deja duda alguna respecto a la protección conseguida en numerosos casos, tales como en Alcira, con un 8,16 por 100 de ataques en los no vacunados, 1.98 en los vacunados una sola vez, y 0.62 después de una segunda dosis".

Este párrafo, escrito por un médico inglés, respecto de las investigaciones y los descubrimientos llevados a cabo por aquel ilustre bacteriólogo español que se llamó Jaime Ferrán, constituye toda una ejecutoria de la seriedad científica y de la verdad que hay en las teorías de nuestro inolvidable compatriota. Pero no ha sido solamente Rogers el autor que ha reconocido el evidente triunfo de Ferrán. Son todos los autores extranjeros los que hablan de él con la alabanza justa que merecieron sus estudios. Si hay alguno que no lo cita siquiera, puede el lector afirmar que es autor español, aunque no sea más que para justificar el proverbio de que "nadie es profeta en su tierra".

Ilagamos Historia

Gangadwara, Yugurnath y Conjoveram son todavía tres ciudades santas para los pueblos fanáticos de la India, a las que acuden durante ciertas épocas del año incontables peregrinos. Por cientos de miles llegan a la desembocadura del Ganges durante la feria de Gangadwara. En los meses de Junio y Julio arriban a

Yugurnath, en la costa de Orissa, al noroeste del golfo de Bengala, más de medio millón de peregrinos. Y más de doscientos mil seres desarrapados y hambrientos se reúnen quince millas al sur de Madrás, en Conjeveram, durante las fiestas sagradas.

Antiguamente, estas peregrinaciones tenían trazas de tragedia, extenuados por el hambre, la fatiga y la miseria, después de haber andado muchos centenares de leguas, casi siempre a pie y bajo un sol de fuego, estos infelices rendían un aterrador tributo a la muerte. En 1783 perecieron más de veinte mil personas durante los ocho días de las fiestas de Gandadwara, y allí apareció con sus fulminantes caracteres clínicos, en 1817, la primera epidemia de cólera correctamente descrita, propagándose a Europa y haciendo su aparición en Astrakán en el año 1823, apareciendo desde entonces en años distintos, y ocasionando siempre una mortalidad espantosa.

La Epidemia del 83 y el Descubrimiento del "Bacilo Virgula de Koch.

Durante el año 1883, la peste azul, como se denominaba un poco poéticamente al cólera, abatía diariamente en el Cairo más de quinientas personas. El terror de las gentes era indescriptible, y la desorientación de los médicos absoluta. Se atribuía el cólera a estados eléctricos de la atmósfera, a terremotos lejanos, a un aerolito caído del cielo, a un veneno ácido que penetraba por la boca, y a mil y mil causas de tan distinta como pintoresca naturaleza. Los galenos de aquellas fechas desorientados, tanteaban numerosos remedios: desde la quinina hasta el arsénico, desde la estricnina hasta los más violentos purgantes y vomitivos, desde el opio hasta el hastchich, desde el sinapismo hasta la sangría; pero todo perfectamente inútil ante espantosa ola mortífera que invadía periódicamente al mundo.

Los franceses habían enviado a Egipto una Comisión científica, al frente de la cual figuraba el inmortal Roux, y el Gobierno alemán envió también otra Comisión que presidía nada menos que el genial bacteriólogo Roberto Koch. Los dos grupos de hombres de ciencia llevaron a cabo toda clase de trabajos de investigación en busca de la causa del cólera. Con heroicidad propia de médicos acostumbrados a luchar constantemente con la Parca, llevaron a cabo numerosas autopsias; se examinaron órganos y secreciones; se estudiaron las hediondas deyecciones de los coléricos y un día Koch daba cuenta al mundo científico de haber encontrado el microbio productor del terrible mal: un bacilo de una a dos micras de longitud, que por ser encorvado con la forma de una coma caligráfica fué bautizado por su descubridor con el nombre de "bacilo, coma o virgula".

Ferrán y sus Descubrimientos

Por aquel entonces, Ferrán laboraba incesantemente en su modesto laboratorio de Tortosa; una pieza grande en el piso bajo de la casa, que asomaba sus ventanales sobre la corriente del Ebro. Ferrán solicitó y obtuvo el Ayuntamiento de Barcelona el ser enviado a Marsella, cuando aquel puerto hizo su aparición la mortífera epidemia. Le acompañó en el viaje su colega e inseparable amigo Pauli, y en el Hospital Pharo, cordialmente acogidos por los doctores Nicatti y Riestch, llevaron a cabo los más completos estudios del bacilo, regresando a España portadores de los cultivos del microbio que había de servir para continuar sus estudios y lograr, más tarde, el sensacional descubrimiento de la vacuna.

Ferrán llevó a cabo toda clase de experimentaciones en conejillos de Indias. Estudió la acción patógena del mal, y luego, sometiendo a los bacilos del cólera a la acción del oxígeno y del tiempo para atenuar su virulencia, descubrió que inoculados a conejillos sanos, les confería una inmunidad capaz de resistir después de la inoculación con bacilos de la máxima virulencia.

Y entonces Ferrán, convencido de la verdad de su hallazgo, comenzó por vacunarse a sí mismo, y más tarde a su familia toda, y luego a varios amigos, entre los que figuró el ilustre presidente que fué de la Academia Nacional de Medicina, doctor don Amalio Gimeno. Ferrán dió a conocer su descubrimiento mediante una Memoria presentada al Ayuntamiento y a la Academia de Medicina de Barcelona y más tarde, con una nota enviada a la Academia de Ciencias de París.

Ferrán continuó incansablemente sus trabajos de investigación bacteriológica y en 1887 anunciaba el descubrimiento de la vacuna antitífica cuyas primeras aplicaciones efectuó en sí mismo y en varios obreros del alcantarillado de Barcelona. Y en 1890 óaba a conocer su método suprainensivo de tratamiento antirrábico más eficaz y rápido que el utilizado hasta entonces.

Sus trabajos sobre el preomorfismo del bacilo de Koch le llevaron a la concepción de la vacuna antialfa contra la tuberculosis, llegando al centenar el número de sus trabajos científicos originales publicados en todo el mundo.

El Cívismo de una Ciudad.

Alcira, la bella ciudad valenciana, deberá pasar a la historia de las grandes conquistas científicas por el heroísmo que demostró al vacunarse la mayoría de sus habitantes, y pudiendo comprobar con la fuerza de los números, la eficacia del método. Alcira contaba entonces con 16.000 almas, de las que en poco

tiempo fueron vacunadas 11.000. De ellas solo fallecieron víctimas del cólera veinticuatro personas, mientras que de las 5.000 que no se vacunaron fallecieron en el mismo período de tiempo nada menos que 206.

El Elogio de un Gran Político

Estaba por entonces abierto el Congreso, y un tribuno tan elocuente como el inmortal don Emilio Castelar puso su oratoria mágica al servicio de Ferrán, dando una prueba más de su potencia asimiladora y de la extraordinaria flexibilidad de su talento. En este discurso dijo de Ferrán las siguientes palabras: "Cuantos le conocen porque yo no tengo la honra y la dicha de conocerle, me dicen que es un hombre de verdadera vocación científica, uno de esos hombres consagrados completamente al estudio de la enfermedad. Tiene la vocación del profeta, del sacerdote, del mártir; vive para eso. No hace otra cosa, desde que amanece hasta que anochece, más que estudiar y descifrar secretos de la ciencia".

Como todos los sabios

Entonces comenzó contra Ferrán una campaña despiadada y cruel, que había de seguir gravitando sobre él durante toda su vida, aun cuando el mundo científico entero, como acabamos de demostrar, había acatado como evidente su descubrimiento, su ciencia y su talento extraordinario.

El sabio bacteriólogo catalán don Jaime Ferrán y Clúa padeció en su vida las más enconadas persecuciones, y las calificaciones de impostor, ignorante y osado cayeron sobre él despiadadamente, que luego, demostrado hasta la saciedad por todos los sabios del mundo, que Ferrán había aportado a la ciencia de curar uno de los más eficaces y sensacionales descubrimientos, todavía continuaron los investigadores españoles negándole beligerancia a su valía científica y eficacia a sus descubrimientos.

Toda la vida de Ferrán fué un calvario, y a raíz de la publicación de uno de sus importantes trabajos científicos, le acusaron de falsario y la destituyeron de su plaza de director del Laboratorio Municipal de Barcelona.

Y ahora, con motivo del centenario de su nacimiento, España se apresta a rendir a la memoria del eminente sabio bacteriólogo catalán el justo homenaje que merece. Y por una orden del Ministerio de la Gobernación, publicada en el Boletín Oficial del Estado del 15 de mayo de 1949, y a propuesta del Colegio Oficial de Médicos de Barcelona, fué declarado oficial el homenaje que ha de celebrarse con carácter nacional y con ocasión del primer centenario de su nacimiento en el año 1952 en honor de la

figura egregia del Dr. don Jaime Ferrán y Clúa, patrocinado por el Gobierno del Estado español.

La Orden ministerial de referencia confía al Consejo General de Colegios Médicos, como organismo representativo de la clase médica, la apertura y administración de una cuenta corriente en el Banco de España, con el título de "Homenaje al Doctor Ferrán", con destino a sufragar los gastos del homenaje, debiendo ingresar en dicha cuenta las cantidades aportadas por todos los organismos oficiales (sanitarios, profesionales, culturales, administrativos, etc.) así como las de todas aquellas personas que se adhieran al mismo, cuya cuenta corriente se iniciará con la cantidad de veinticinco mil pesetas a cargo del Ministerio de la Gobernación.

Puedo decir a los amables lectores que, por de pronto, el Ministerio de Educación Nacional ha contribuido a este Homenaje creando en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, el Instituto Bacteriológico Jaime Ferrán, de cuya dirección técnica se encargará el ilustre sanitario doctor Socias Amorós; que el Ministerio de la Gobernación creará un sello de Correos conmemorativo de la efemérides; que el Ayuntamiento de Barcelona erigirá un monumento a la memoria del glorioso bacteriólogo; que a su vez, el de Tarragona perpetuará la memoria del eminente hombre de ciencia de forma ostensible, honrosa y perdurable y que el Ayuntamiento de Madrid, también plasmará su admiración por el sabio bacteriólogo catalán, dedicando a su memoria la fuente de la calle de la Princesa, cerca de la Dirección General de Sanidad, a la que añadirá para su ornato un medallón o un busto de Ferrán.

Claro es que también se celebrarán actos literarios más o menos solemnes, pero siempre inspirados en el mejor deseo de honrar a nuestros hombres de ciencia y hasta es posible que se instituya un importante Premio anual para galardonar el mejor trabajo bacteriológico llevado a cabo en España o en el extranjero.

Y, naturalmente, queda abierta la iniciativa para que los hombres generosos de todo el mundo, puedan aportar su colaboración magnífica para este justo agasajo a un hombre de ciencia español.
